

## LA PRENSA Y EL TERRORISMO

*Montserrat Lluís*  
*Subdirectora de ABC*

Empecemos por lo que nos une. Todos los que estamos aquí hemos sido niños. Unos hace más tiempo que otros. Pero antes o después, todos hemos roto el jarrón salvado de la guerra por nuestra tatarabuela, los pendientes de la pedida de mamá, la botella de vino que papá guardaba para el día de su jubilación, y los más trastos, hasta se han cargado el televisor. La reacción de casi todos, me atrevo a imaginarlo, fue tratar de esconderlo, pegarlo, comprar otro con los ahorros y, llegado el momento de la delación, probar suerte con el 'yo no he sido'. Pueden llamarnos cobardes por semejante conducta, pero no terroristas. Un terrorista no actúa así. No oculta el resultado de su maldad. Al contrario. "Busca la dominación por el terror", como define la RAE. El terrorismo necesita dar publicidad a sus acciones. Comunicarlas. Amplificarlas. Será más o menos cobarde en su método para cometer el delito, pero el éxito de su actividad es directamente proporcional no tanto al daño que causa, como a la resonancia pública que alcanza. Si no se habla de ello, si no suscita una reacción en los pares de sus víctimas, fracasa. Aunque haya dejado un inmenso charco de sangre. Por eso el yihadismo actúa en Europa. Por eso ETA quiso someter a la sociedad vasca, pero también extendió su maldad a Madrid, a Sevilla, a Cataluña, y llegado el verano a la costa mediterránea.

Este convulso verano de 2016, una noche supimos de un individuo que, en un tren de Alemania, hirió a cuatro pasajeros con un hacha. Apenas unas horas después, Daesh reivindicó el ataque aunque el gobierno insistía bastante después en que no había indicios de que el autor de la agresión tuviera tal relación directa con el yihadismo. Lo mismo sucedió con la matanza de junio en Orlando en una discoteca de orientación homosexual con 50 fallecidos. O en la de Múnich de julio con nueve muertos. Incluso en la de Niza se atribuyó los éxitos de un joven perturbado que encontró en el yihadismo una vía para dar sentido a sus impulsos agresivos, pero parece que no fue planificado ni dirigido como tal por Daesh.

El terrorismo islamista no pierde ocasión de intentar rentabilizar cualquier acción que alcance notoriedad, que siembre terror en el mundo occidental. Porque la verdadera razón de ser del terrorismo, es esa: aterrar. El fin del terrorismo es causar terror, que el enemigo sienta miedo de ti, te tema y acepte tus reivindicaciones a cambio de aliviar la amenaza que hace recaer sobre ti. Tiene que saber de tu poder de destrucción. Que el temor es fundado, que el riesgo existe. Que no es solo una amenaza. ETA sigue existiendo, aún el fin de semana del 5 de noviembre fue detenido en Francia el considerado máximo jefe de la banda, Mikel Irastorza. Sin embargo, como problema social, como motivo de preocupación, puede afirmarse con satisfacción que prácticamente ha muerto. Porque no tiene capacidad de matar. Porque no da miedo. Porque los medios no hablan de sus triunfos, sino de sus derrotas. El terrorista no actúa en privado, sino para conseguir un fin, no se limita a vengar lo que considera un agravio o un ataque, sino que actúa como medida de presión. Pone una serie de condiciones para cesar su acción. Chantaje con la vida como prenda. La extorsión del pánico.

En la búsqueda de ese fin, por tanto, el terrorista necesita por fuerza altavoces que amplifiquen su onda expansiva aún más, que lleguen donde no alcanza su dinamita, la sangre que derrama. Hoy en día, tienen las redes sociales y en particular el yihadismo las maneja bien. Sobre todo en la captación de adeptos. ABC publicó este año un amplio informe en el que revelábamos que Daesh dispone de 46.000 cuentas solo en Twitter, con una media de un millar de seguidores cada una. Y nada menos que 30 productoras que elaboran contenidos para distribuir en las distintas plataformas. Cada día difunde una medida de tres vídeos y quince reportajes nuevos, de calidad e impacto superiores; una máquina de hacer proselitismo que, como veremos más adelante, escapa a la capacidad de control de las Fuerzas de Seguridad. Gracias a estas acciones, su poder de captación de seguidores, y potenciales terroristas se ha incrementado hasta un 70%, en busca, sobre todo, de públicos jóvenes, volubles, sin arraigo a un modelo de vida occidental. Se cree que disponen incluso de grupos de Whatsapp.

Aun así, no basta con las redes sociales. El mejor altavoz y difusor del terrorismo seguimos siendo los medios de comunicación. La prensa, la radio, la televisión... somos parte fundamental en la estrategia del que busca causar terror. El canal que da sentido a sus acciones y que las condiciona. La agenda de la opinión pública no la deciden las redes, ni los terroristas. Es duro reconocerlo, pero lo damos los medios de comunicación. Y el terrorista lo sabe, y por eso orienta sus acciones a causar no el mayor daño posible, sino a lograr el mayor impacto mediático posible.

A poco que nos paremos a pensarlo, nos daremos cuenta de que el relato cronológico de las bandas terroristas suele guardar el esquema de una película o una serie policiaca o de acción. Suelen acabar derrotadas, por fortuna, pero su guión va 'in crescendo' en intensidad. En gravedad destructiva. En el más difícil todavía. Lo que se vio ayer ya no impacta. Tiene que ser un poco más atroz. Un poco más salvaje. Un poco más grave. Para merecer el mismo espacio, o si se puede mayor, en los medios de comunicación. La primera vez que vimos a una colección de yihadistas cortando cabezas nos dieron nauseas. Mohammed Emwazi, el repugnante carnicero nacido en Kuwait y criado en Londres, sobrecogió al mundo ejecutando al periodista americano James Foley. Más tarde lo vimos recrearse en su acción, engañando a sus víctimas con que era solo un ensaño. En noviembre de 2014, mostraron otro vídeo en el que invitaban a la muchedumbre a matar a pedradas a tres soldados sirios capturados. En enero de 2015 vimos a un niño cortando la cabeza a dos prisioneros rusos. En febrero, encerraron en una jaula a 43 personas y las quemaron vivas al oeste de Irak. El 13 de septiembre de este año, las víctimas, presuntos espías, fueron sacrificadas como corderos en un matadero al noreste de Siria. Les cortaron el cuello y los dejaron desangrar. El más repugnante todavía para conseguir el interés de una sociedad que, como en los circos romanos, se revuelve frente a esas imágenes pero a menudo las ve, cede a la tentación de presenciar aquello tan horrendo e inhumano que solo cabía imaginar en las películas. Pero que ahora es cierto. Con lo que resulta mucho más emocionante. Cuesta asumirlo, pero la condición humana es así.

La torres gemelas marcaron el inicio de los atentados yihadistas con efectos especiales el 11 de septiembre de 2001. Vinieron después, el 11 de marzo de 2004, las diez explosiones en cuatro trenes de Cercanías de Madrid, con casi 200 víctimas. Un año después, el 7 de julio de 2005, el terror estalló en el metro de Londres, con un balance de 56 muertos. El 18 de julio de 2012, nueve personas fallecieron en el aeropuerto búlgaro de Burgas. El 7 de enero de 2015, doce personas encontraron la muerte en el semanario Charlie Hebdo. Dos días después, fueron siete los fallecidos en la toma de rehenes en el supermercado Hyper Cacher de París. Nada comparado con los 130 muertos en la sala Bataclán y demás puntos del horror en una noche negra en la capital francesa, la del 13 de noviembre. El 22 de marzo, la muerte se traslada a Bélgica: 32 fallecidos en el aeropuerto y el metro de Bruselas. El 28 de junio, 41 vidas se quedaron el aeropuerto de Estambul en otro atentado suicida. El 14 de julio, Niza y los 80 atropellados... Dos semanas después, el 26 de julio, un cura resultó degollado mientras decía misa en Normandía. Nunca pensamos, imaginamos, que habríamos de escribir titulares tan atroces. De hecho, la matanza en el aeropuerto de Turquía del 29 de junio, con un modus operandi repetido y fuera del centro de Europa, no causó el impacto ni conmoción de otras acciones. Dos páginas en ABC y cuatro al día siguiente. 1 en El País. En el atentado de Niza, ocurrido a la misma hora, dimos portada completa y seis páginas en ABC. Y veinte al día siguiente.

Ahora bien, si la realidad es esta, la pregunta es esta otra: ¿somos los medios vehículos del terrorismo? ¿Cómplices involuntarios de sus acciones? Esta pregunta resume un conflicto ético que no pocas veces se plantea en la redacción de ABC. Como supongo que en la de casi todos los medios de comunicación. Como periodistas, tenemos claro que no podemos dejar de informar de cualquiera de las acciones terroristas anteriores. Es propaganda, sí. Pero es noticia. ¿Debe saberlo el lector? ¿Quiere saberlo? La respuesta es que sí quiere. La prueba es que con cada atentado se dispara la audiencia de la web y la venta de ejemplares en papel. Daesh interesa, al lector le preocupa. Quiere saber dónde actúa para intentar evitarlo. El turismo en París o en Niza, en Túnez, se ha desplomado mientras España bate récords. Hasta septiembre, nuestro país recibió 60,3 millones de turistas, un 10% más que hace un año. Francia, en cambio, ha retrocedido un 20%, con pérdidas económicas de hasta

el 30%. Luego el terrorista ha conseguido su objetivo, atemorizar, condicionar la vida de los europeos. Su batalla se gana a través del miedo. Y lo ha hecho gracias a los medios de comunicación que nos hemos hecho eco.

¿Qué hacer? Difícil. Algunas decisiones sí hemos tomado. En ABC no se emiten en la web los vídeos de ejecuciones. Tampoco se muestran imágenes que magnifiquen el horror, que hieran la sensibilidad ni dañen el honor de las víctimas. Allí donde el efecto publicitario puede ser mayor que el informativo no entramos. Los editoriales son de absoluta condena. Nos hemos prohibido usar el término Estado Islámico. El que ellos quieren. No es un estado. Es Daesh. Terrorismo. Fanatismo. Yihadismo. Una banda asesina formada por bárbaros, ignorantes, que suponen la absoluta regresión de los derechos humanos, de la civilización, de la convivencia. Tratamos de desenmascararlos para que los jóvenes no sucumban a ellos. Como hemos dicho, ellos manejan la manipulación e intoxicación en las redes sociales. Buscan captar a chavales a menudo sin lugar en la sociedad. Con problemas de integración, adaptación y desarrollo. No son los informados y formados a los que seducen. La información, en sus términos adecuados, con rigor y credibilidad sí es un antídoto contra el avance del terrorismo y su legitimidad. El silencio legitima y normaliza a los malos. Y castiga a los buenos. La clave está en el equilibrio. En valorar cada situación para ver hasta dónde prima la información y dónde se empieza a ceder a la propaganda, al morbo, a la amplificación terrorista.

Puede que sin querer contribuyamos a dar alas al terrorismo, pero también se las hemos cortado. Estoy convencida de que los medios, la prensa vasca y el diario El Correo en particular, han desempeñado un papel clave en la derrota de ETA. Porque fueron los medios los que a partir de los noventa lograron despertar a una sociedad que durante los últimos años setenta y ochenta había permanecido aletargada. Durante los años 80, cuando ETA mataba la reacción era de tibieza, ni siquiera de condena. Los atentados no ocupaban las portadas. Ni mucho menos. Casi se escondían. Por inercia, por cobardía, por desconcierto, incluso por inexplicable comprensión... Lo cierto es que la sociedad, y con ella la prensa, miraron hacia otro lado. No es que no se dieran publicidad a los terroristas, es que la sociedad vasca callaba y las víctimas casi se avergonzaban de serlo. Una inversión de la realidad y de los papeles de

víctimas y verdugos frente a la que diarios como El Correo y el Diario Vasco fueron determinantes a partir de mediados de los noventa.

El que fuera director de El Correo hasta hace unos meses, Juan Carlos Martínez, lo reconocía en un reportaje en El País en mayo de 2015: ‘Ver ahora aquellas portadas te deja con la boca abierta. Un asesinato de ETA no era la noticia más relevante. Pero la prensa vasca no dejaba de ser un reflejo de la sociedad vasca del momento, que miraba con perplejidad, cuando no con indiferencia, lo que ocurría. Los periódicos no supieron acercarse a la realidad con la contundencia necesaria y, sobre todo, a las víctimas del terrorismo’. Solo entre 1979 y 1980, ETA asesinó a 177 personas.

Yo he vivido en el País Vasco y empecé mi carrera periodística en El Correo, donde ejercí durante diez años, y sé de lo que hablo. Y de la labor que los medios de comunicación han hecho en favor de la derrota de ETA. Un trabajo que les ha costado sangre, sudor, lágrimas, y la vida en algunos casos. Insisto en que creo que sin la palanca de la prensa la derrota de ETA, si habría llegado, no lo habría hecho tan pronto. De hecho, en el momento en el que la prensa reacciona con valentía contra el terrorismo, cuando lo condena y toma partido contra él, cuando entiende que la neutralidad no aplica cuando están en juego las vidas humanas, el terrorismo convirtió a los periodistas en objetivo, trasladó a ellos la dinámica terrorista: sembrar el terror para amordazar de nuevo. Antes habían muerto ya periodistas y directivos de medios, pero a partir de entonces, y dentro de la mal llamada socialización del conflicto, la ofensiva fue total.

ETA nos situó en su diana. En 1997, lanzó explosivos contra el domicilio de Carmen Gurruchaga, de El Mundo; también contra la vivienda del periodista de El país Mikel Muez en 1999 o en 2000, en la del trabajador de El Correo Pedro Briongos. Carlos Herrera, La Razón, ABC, David Jiménez, Gorka Landaburu... también fueron objetivos. También hay muertos: en 1978 la banda asesinó al director de 'Hoja del Lunes' de Bilbao y redactor-jefe de 'La Gaceta del Norte', José María Portell Manos. José Luis López de Lacalle en 2000 y el director financiero de El Diario Vasco, Santiago Oleaga, en 2001. En febrero de 2001 la

captura en Guipúzcoa del 'comando Ttotto' reveló que ETA preparaba un atentado para dinamitar el edificio del 'Diario Vasco' en San Sebastián.

Era duro, pero gratificante. En ese contexto, tengo claro que no amplificamos la acción de los terroristas, sino que ayudamos a deslegitimarla, a ponerle a la ciudadanía en su contra. A que las víctimas no se sintieran solas, levantaran la cabeza y denunciaran su sufrimiento. Que se sobrepusieran al miedo, que ya hemos dicho que es el alimento del terrorista. Cuando ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco en julio de 1997, en realidad, estaba dando un salto cualitativo en su guión del terror, en su estrategia de socialización del conflicto, eufemismo para indicar que extendía el terror a la calle para atemorizarlos y contener el rechazo creciente que se manifestaba contra ellos. Secuestrar a un joven y ponerle día y hora para su ejecución. La sociedad vasca respondió en idéntica proporción. Plantó cara. Dio la cara. El famoso espíritu de Ermua, que apoyaron y encabezaron los medios de comunicación.

Hoy, los comunicados de ETA ya no son noticia. Este mes de octubre hubo un comunicado respondiendo a un arsenal de armas hallado en Francia. Y la prensa lo recogió en medias columnas. No da miedo, no aterra, no es noticia. Por eso será derrotada, porque ha perdido la capacidad de amedrentar. Sus propios medios tampoco consiguen impacto alguno. ETA contó con Egin, diario que resultó fue fundamental para su engorde. Desde sus páginas lanzaba sus comunicados. Reivindicaba atentados, amenazaba, intentaba negociar... Contaba una realidad paralela, hasta que el 15 de julio de 1998 fue clausurado por su complicidad con el terrorismo, por estar supeditada a ETA. La clausura dio lugar a un gran debate sobre la libertad de expresión. Tras más de un año de litigios, se rebajó la acusación a colaboración con banda armada, pero para entonces el altavoz abertzale era ya Gara. Era un altavoz terrorista, como hoy lo son las redes sociales, donde más pronto que tarde habrá de ponerse orden.

Me gustaría advertir sobre el riesgo de la red, no solo en cuanto a abrir autopistas al terrorismo. También en cuanto al influjo negativo que ejercen en la capacidad de discernir el bien y el mal. Los valores positivos de los negativos. Los nuevos canales de internet han redoblado aún más el afán natural de comunicación que de por sí le es natural al hombre. Si antes

necesitamos el minuto de gloria en televisión una vez en la vida, ahora algunos necesitan la dosis cada hora, y confunden la realidad virtual con la de carne y hueso. En la PS2 te matas o comes a veinte marcianitos, y no pasa nada. Apagas y vuelves a nacer con todas las vidas. Se nos olvida que en la vida real los actos tienes consecuencias. Pero en esa vida real pasada por internet es más difícil separar la buena conducta de la infracción. No se premian las buenas acciones, sino la acción. El impacto. Los 'me gusta'. Y eso lleva, por ejemplo, a buscar aceptación social mediante la autolesión. En octubre de este año publicamos en ABC una información sobre el incremento de los casos de jóvenes que llegan a urgencias autolesionados. Que se cortan las venas, fuerzan sus músculos hasta distorsionar su cuerpo o lo someten a ayuno hasta que su cintura ocupa el ancho de un DIN- A 4. En ese mundo virtual, donde los roles se confunden y se invierten, el terrorista no siempre se ve castigado, sino aupado incluso.

El pasado julio, los encierros de los sanfermines cedieron el protagonismo informativo a una presunta violación ocurrida en un portal de Pamplona. Una joven habría sido agredida por cinco jóvenes. El asunto era repugnante en sí mismo, pero aún lo resultó más al saber que los presuntos violadores habían celebrado y compartido su hazaña en WhatsApp. Como quien cuenta a sus amigos que ha aprobado un examen, ha ligado o se ha comprado un coche. Este mismo mes de octubre, conocimos otro suceso aún más repugnante y duro. Una familia de cuatro miembros apareció descuartizada, en bolsas de basura, en su chalet de Pioz. La investigación de la Guardia Civil ha sido tan brillante como espeluznante. Día a día han ido recomponiendo un crimen imposible de explicar. Un familiar, un sobrino de la familia, los asesinó uno a uno a sangre fría. Tan fría, que se lo retransmitió en directo a través de WhatsApp a un amigo. Por paradójico que parezca, el criminal no siempre busca el anonimato para sus acciones. Al contrario, el éxito de sus fechorías es directamente proporcional a la visibilidad que alcanzan sus acciones. En las redes o en los medios de comunicación. Los payasos, ahora tan de moda, tienen como finalidad alcanzar notoriedad en redes sociales a través de vídeos donde atemorizan a todo quien se cruza. O es terrorismo, pero es un problema y encrucijada que plantea la red. Internet borra las proporcionalidades, el



sentido de la media. Confunde realidad virtual y realidad. A secas, que sí tiene consecuencias. Irreparables.

Los medios, frente a ellos, sí pasan sus acciones por el debate de la ética, de la deontología, nos hacemos preguntas. En la redacción de ABC vivimos un episodio particularmente duro en julio del año pasado. ABC fue el primer medio en publicar la desaparición de tres periodistas españoles en Siria, Antonio Pampliega, José Manuel Sánchez y Ángel Sastre. Se nos acusó de torpedear la investigación y de romper un pacto de silencio. Nada más lejos de la intención del periódico. En comunicación con el ministerio de Exteriores, tuvimos la confirmación de que se iba a emitir una nota oficial informando de la retención y de acuerdo con la familia, con la que también habíamos trabajado. Actuamos con deontología y prevención, pero la opinión pública no lo entendió bien.

Más tarde ABC colaboró con el CNI en la investigación facilitando pruebas y tendiendo ceos a los captores. Nada de ello trascendió. Cuanta más publicidad, más sube el valor de la presa y, en consecuencia, el montante del rescate, pues se saben en posición de fuerza. Cuando no tiene ecos el precio de su presa baja. Complicadas y delicadas negociaciones. El derecho a la vida por encima del derecho a la información. Nunca lo dudamos. Otros medios hicieron un serial al ver liberados en mayo de 2016, casi un año después.

Apresan periodistas porque así inoculan el miedo en vena. En las venas de quien ha ido ahí para contarlo. Como lo hizo ETA. Pero si los informadores abandonan el campo de batalla, ello significa dar el triunfo al fanatismo, la condena a muerte de un pueblo al que la ignorancia mantiene preso. No solo el yihadismo. La información es poder. La información bien administrada. No manipulada. Los medios resultan incómodos porque denuncian, porque ponen en alerta, porque incitan a pensar al ciudadano. La verdadera razón de ser del periodismo, y su verdadero servicio, pasa por no limitarse a mostrar aquello que da miedo, sino dar fuerza y seguridad: poner el altavoz para que las personas deseen, defiendan y ganen su libertad. Desde la democracia, la justicia y el respeto a la ley y a la verdad.